

ga, para que mañana acierte. Así seguramente lo creo, porque como dimana de su santísima mano el premio para el bueno, de ella del mismo tenor se origina el castigo para el malo. No obsta lo impugnen los hombres, para que venga dirigido de Dios. Estos son modos y medios que toma su tremenda justicia para corregir á los delincuentes, merecedores de mayor rigor.

Irritado en extremo, como debía, Abisai, hermano de Joab, contra Semei, porque apedreaba y maldecía á David, lo quiso severamente castigar; pero no lo permitió el Rey-Profeta, diciendo las palabras siguientes, dignas por cierto de que, aun más que en papel, se impriman en los corazones de todos: «Deja, Abisai, que me maldiga y apedree Semei, que aunque no le he dado causa para ello, lo merecen mis pecados; y cuando él lo hace, Dios se lo manda, que muchas veces se vale destos instrumentos para castigar nuestras culpas.»

Ea, amigo, ya tiene vuesa merced aquí patente que es peor la causa de mi castigo que la que me atribuyen; al que lo ha hecho, Dios se lo habrá inspirado, porque siempre viene el mayor golpe de mayor poder, y más estando Dios ofendido. Por esta razón influye para que se conspiren los hombres contra el malo; y lo que á primera vista parece producto del aborrecimiento destos, puede ser muchas veces enojo del altísimo, terminante á nuestro único provecho y beneficio: porque entonces conoce el hombre lo que es, cuando sus desdichas le ponen presente, no solo lo que ha sido, sino lo que puede ser; entonces se aplica con mayor cuidado la medicina, cuando le aflige más la enfermedad; entonces, en fin, hay más sed, cuando está más lejos el agua. De modo que puede decirse con verdad que cuando Dios dispone estos castigos al hombre por lo que no cometió, lo hace dichosísimo; porque esto no es más que adelantarle el castigo de su culpa, para que llorándola, entre otra vez en el camino de la gracia.

Séalo vuesa merced, y sepa el mundo mi inocencia en lo que se dice; pero no ignoren al mismo tiempo mi maldad cuando la publico. Sepan todos no dí causa para lo que padezco en lo que me atribuyen; pero conozcan merezco esto y mucho más, por las imponderables culpas que he cometido: que son tantas, que ni las voces pueden referirlas, ni la pluma expresarlas, ni caben en el número, ni hay papel donde escribirlas; y tan grandes, que juntas todas las de los pecadores, no componen una parte de las mias. Y en fin, quiero que todos sepan que esta pública confesión mia no me causa rubor hacerla; pero sí todo el dolor y sentimiento que cabe en la humana posibilidad, el haber dado motivo para tener tanto peso sobre mi conciencia, y tanto tirano mortal yugo sobre mi alma.

Fulminóme la traición aquello que no cometí, y esto fué propiamente recaer un castigo disfrazado sobre otros ocultos pecados cometidos. Aseguró la malicia lo que no pensó mi inocencia, mas vino el golpe tan dirigido de Dios, como recibido del delincuente. En fin, se me atribuyó una falsedad, porque en mí ya había muchas ofensas: quien quiere tropezar, siempre encuentra adónde; y quien quiere hacer mal, poco le cuesta buscar el por qué. Si este viene de los hombres, la razón descubre luego la calumnia; mas viniendo de

Dios, antes que se justifique esta es fuerza purificarse. Está muy á los principios mi mal, y no menos mi dolor, para que aquel justísimo y terrible brazo levante su justiciera y tremenda espada; quiero decir, no es tan grande mi pesar de haber cometido tanta muchedumbre de culpas que pueda aplacar su justo enojo; porque no basta para obrar bien obrar presto, porque solo sirve para obrar presto obrar bien: el fuego que más presto se enciende es la pólvora, pero también es el que más presto se apaga. Despues de la culpa se sigue el arrepentimiento, y sobre este recae el perdón; para cometer aquella, nunca faltó tiempo á nuestra humana miseria, pero para ejercitar este suele faltar ocasión á nuestra torpísima confianza. Tan infinitamente justiciero es Dios, como infinitamente misericordioso. Y siendo esto tan cierto, ¿que sea tal nuestra incorregible ignorancia, que confiamos tanto en su infinita misericordia, que perseverando en el pecado, remitimos para despues la enmienda sin atender á su justicia? A lo menos, pues las confieso, ya conozco mis culpas; y en llegando el pecador á conocerlas, no está lejos de llorarlas: caer en el pantano, sirve de aviso para saber otra vez huirlo. Necio sería el piloto que habiendo experimentado el peligro del escollo, volviese á dirigir á él la nave. Si yo hubiera despertado antes del tirano sueño en que me tuvieron sepultado mis brutales apetitos, sin duda sería otro, aunque mis contrarios fueran los mismos. Gracias les doy porque me hayan reducido al estado presente, pues en él aprendo á vivir; siempre se consigue no viviendo mal, para vivir bien. Si es tormento esta prisión, sin ella era tempestad mi vida; y tan tremenda, que apenas me conducían las olas del mar tempestuoso del mundo á las orillas del conocimiento, me arrebatában las furiosas ondas del vicio al abismo de sus entrañas, en las que está propiamente figurada la culpa; y siempre quedaba sumergido en el engaño, sin facultades por dejarme llevar ciegamente de mis apetitos, y sin fuerzas para abrir los ojos á las luces de la razón y del escarmiento. Aquí solo hay cadenas que pueden servir de preciosas escalas para el cielo; pero allí solamente hallaban mis locos deseos (como inspirados de las brutas preocupaciones de la torpeza) transitorias complacencias, que eran pasos para el infierno. Solo el que ha sido instrumento para que yo experimente esta prisión tendrá en medio de sus opulencias más zozobras, más sentimientos y más penalidades. La mayor corona siempre remata en cruz. No hay en esta vida quien de la suya se escape. Aun las bendiciones de un padre no se dan sin cruz, y á más bendiciones más cruces. No porque, se mire más inmediata al sol, está menos distante la águila del fuego; antes bien puede conocerse que cuanto más empinada una torre, está más cerca de aquel mayor planeta, pero no más lejos del rayo; y que lo que se halla más vecino á la luz hace más sombra. Necio es quien se asegura tanto de sí mismo, que sin temer su caída, á todos se presenta airado; porque hasta llegar al puerto vive expuesto á una tormenta el bajel. En no sabiendo regir con prudencia los bienes cuando se alcanzan, son nuevos males, que como enemigos ofenden. Por esto aconseja Séneca que «nunca es más desdichado el hombre que cuando está elevado sobre la columna de

la dicha, y por su tiranía es aborrecido de todos; cuantos sintieron su gobierno como azote, harán experimente sus sentimientos como castigo».

Porque le relucen al mochuelo los ojos, vuelan las aves á quitárselos como pueden, y porque se quiere adelantar á los otros árboles el almendro, parece que cohechados contra él se conjuran los tiempos. Este vidrio frágil de la fortuna (que parece en el concepto de algunos de bronce) se quiebra, ó á lo menos se empaña, con un aliento; porque pendiendo el vivir de solo alentar, si un aliento construye la organización de la vida, otro nos arrima á la gran máquina de la muerte. ¡Y que el hombre que mereció á su dicha aquella eminente que goza, no medite (por estar enteramente imbuido en ella) que si á veces el hacer bien á uno origina peligros, qué no podrá causar el hacer mal á tantos!

Hospedó Menelao á París; y dejándole encomendado á Elena su regalo en su ausencia, á poco tiempo della se halló sin honra y sin mujer: de que resultaron tantas tragedias á Grecia, y últimamente la destrucción de Troya, que habiendo sido productora de rayos, fué aniquilada con fuego.

El bien que hizo Hircano á Heródes, lo recompensó este con darle muerte á él y á sus hijos para alzarse con el reino. Por lo mismo nos aconseja el *Eclesiástico* no se haga bien á todos, porque en ello puede causarse uno mal á sí mismo. Las zorras, dice Plinio, no se fian de los hielos de los rios de Tracia, sin haber primero parado la oreja, para escuchar si corre muy honda el agua, infiriendo de aquí la firmeza del hielo. Pues si al que obra bien, le son indispensables estas precauciones prudentes, para mantenerse seguro en el estado que tenga, ¿qué no deberá temer aquel de quien todos dicen no obra bien, por más favorecido que se halle, y por más que le patente monarca su prianza con el que lo es, y su despotismo, su ambición y su entereza con todos? Ya veo que la intención es madre de las acciones, y que siendo aquella mala, es imposible sean estas buenas: luego mal puede obrar nunca bien quien siempre tiene dispuesta su intención para hacer mal. No dijo mucho Eurípides cuando afirmó que según era el pastor, tal era el cordero. Pero Cristo, nuestro bien, dice que un árbol malo no puede producir buen fruto. Lo mismo significó Séneca cuando dijo: «Cual es el dueño de la ciudad, tales son los que la habitan.» En siendo la inclinación cruel, no pueden ser las operaciones piadosas. Y en fin, digo con Catulo, que «tal es grey cual es el Rey».

Basta, amigo; que cuando se precipita la lengua, no hay remedio como morderla para atajarla. El fuego de la ira solo se consume con el agua de la paciencia; cuando el espíritu se irrita, remediarlo con el contrario extremo; en llegándose á agitar el ánimo con el conocimiento de la razón, poca le asistirá si se aparta del conocimiento. Aun para quejarse quiere Dios que el hombre no llegue á enfurecerse. No está lejos de ser enemigo de su prójimo en las obras quien, por más motivos que tenga, lo es en las palabras. Rara vez he soltado alguna contra el que empecé en esta á declamar; y esto fué, no ciego de la cólera, sino con el cabal conocimiento de ser con vuesa merced con quien hablo, porque si con mi amigo no me desahogo, ¿con quién lo he de hacer?

Para concluir, diré solo que en esta prisión se reduce mi vida á lo que prometo decir á vuesa merced en otra; pidiéndole solo en esta, no que disimule lo dilatado della, si acaso le molesta (que esto lo ejecuto á instancias suyas, con harto trabajo mio), sino que no sienta lo que padezco, pues no es suficiente pena para mis legítimos delitos. Que no se acongoje porque dure mi prisión, pues así no me faltará tiempo para salir mejorado, porque más se mortifica el cuerpo con golpes continuados, aunque pequeños, que con uno solo, aunque muy fuerte. Y últimamente, que no se apesadumbre aunque nada se logre, reconociendo que esto será solamente lo que me convenga; porque, más que los hombres piensen de otro modo, á nadie da Dios más que lo que merece. La lástima es si no saben usar de ello como deben, convirtiendo el precioso lenitivo en horroroso cáustico, porque entonces lo que sería descanso, vendría á ser tormento.

Con que vuesa merced dirija á Dios sus ruegos para que, como hasta aquí me ha dado tolerancia, en lo sucesivo me preste paciencia, y hará vuesa merced cuanto puede por mí. No le pido no me olvide, porque esto es imposible en la amistad verdadera. Quedo empleando la mia en pedir á la divina Majestad libre á vuesa merced de pecar, para que no tenga que padecer; porque ejecutando aquello, en este y en el otro mundo es preciso se experimente esto. Y pues nuestro fin está en Dios, procuremos con toda voluntad servirlo, para merecer por toda una eternidad gozarlo.

Este Señor guarde á vuesa merced los felices años que le desea su fiel amigo—*Quevedo*.

CARTA CXI.

Carta moral é instructiva de don Francisco de Quevedo Villegas, escrita desde San Marcos de Leon á su amigo Adán de la Parra, pintándole por horas su prisión, y la vida que en ella hacia. (a)

Amigo y dueño: Como es cierto que ningún enfermo llama al médico para que le hable, sino para que le cure, tiene el alto juicio de vuesa merced tan presente esta doctrina (por ser el médico en quien espera algún alivio la enfermedad de mi prisión), que hace días guarda tan discreto silencio, que ni me ha contestado á una bien larga que le dirigí, esperando sin duda á ejecutarlo cuando, hablando poco, me pueda curar mucho.

Efecto es este de su verdadera amistad y de su elevado talento, porque es calidad conocida de relevantes ingenios buscar en las voces la verdad, y no en la verdad las voces, como Agustino lo enseña. No quiere vuesa merced verter el precioso raudal de sus voces con promesas, sino con verdades; no con esperanza, sino con posesión; porque, así como esta es el complemento del deseo, así también suele ser aquella el verdugo de los confiados.

Con esta verdadera comprensión, no me altera, aunque lo sienta, el carecer tanto tiempo hace de las de vuesa merced, porque sé no es otra la causa que la

(a) Igual concepto de inédita que la anterior podía merecer la presente, coleccionada á la pág. 65 del tomo I del *Semanario de Valladares*, por los tajos y reverses que el editor dió en ella. Imprimola sujetándome á un traslado del último siglo, que debo al señor duque de Rivas.

de estar midiendo con su prudente pulso los intrincados asuntos de la mia; y que mientras más tiempo gaste vuesa merced en ella, serán más favorables y preciosas sus resultas, pues con él hallará la perfecta coyuntura para no malograr el lance. Por esto decía Licurgo «que con el tiempo tienen gran cuenta los sábios»; y por esto asegura el predicador sagrado «que ni la velocidad conduce para la carrera, ni la prontitud para el éxito feliz, ni la fortaleza para las victorias, ni para el sustento lo sabio, ni para lo rico lo docto; ni, en fin, para lo primoroso el arte, si no les asiste el tiempo y la sazón.»

Siempre fué ciega, como poco cuerda, la prisa. Ninguna cosa grande quiso la naturaleza que se hiciese presto. Ley puso de nacer más tarde á lo que había de gozar mayor vida, pues dándosela tan fácil á una mariposa, emplea tantos años en sacar á luz un elefante. Una resolución repentina regularmente produce un oceano de males; pero á un prudente obrar en tiempo y en sazón poco se le frustra, porque hubo lugar de meditar la prevención, para no malograr el intento, y de disponer los asuntos de tal modo, que hasta el complemento del discurso no se penetrase el arcano. Como es la prevención madre de la dicha, rara vez produce yerros. David nos da exquisita pauta para que estimemos como merece el prevenido discurso. Cuando salió á la batalla con aquel torreon de carne filisteo, aunque esperaba derribarle con el primer guijarro, quiso ir prevenido con cinco, por lo que podía suceder. Ni aun se fió de los que hallaría en el camino, sino que los aseguró en el zurrón, sin que ni la casualidad le pusiera en contingencias, ni la desprevención en peligros. Y sin embargo de que es la prevención siempre amable, no ignorar la ocasión oportuna en que debe lucir no es menos plausible. No consiste en que transcurra mucho tiempo para hallar esta, sino en saber conocerla, y no malograrla. Entre ella y el tiempo hay la diferencia de que este siempre sigue su curso, pero aquella no siempre presenta su carrera. Si una vez se pierde la ocasión, es difícil encontrarla otra; y muchas, imposible. Avisó el ángel á los yernos de Lot que salvaran sus vidas saliendo con él fuera de Sodoma, refiriéndoles habían de perecer á las violencias del fuego. Hiciéronse desentendidos á tan severa intimación, persuadidos á que despues tendrían tiempo; mas cuando pasado poco, vieron arder en llamas el aire, y en fuego la ciudad, conocieron que se les había ido ya la preciosa ocasión de librarse del mísero fin que les ofrecía aquel irritado elemento, enviado por el divino poder.

El prudentísimo pensar de vuesa merced estará, sin duda, observando los mínimos movimientos de los contrarios para asegurar sus ideas. Contemplará sus acciones y sus trazas, para poder acertar el tiro con el exámen que á vuesa merced tengo encargado ejecutar, avisándome de sus resultas, por lastimosas que sean; que ya tengo á vuesa merced prevenido las recibirá el júbilo antes que las conozca la tristeza; pues ninguna desdicha hay tan grande, que no pueda hallar en ella consuelo la virtud. Para todo esto es necesario tiempo y un perspicuo conocimiento de la mejor ocasión, porque es grande necedad aspirar al triunfo, sin medir antes el entendimiento la distancia. Luego

enterado yo de todo esto, mal puede causarme sentimiento el silencio de vuesa merced, cuando con él me manifiesta su verdadera amistad; pues ni quiere esperanzarme hasta la total felicidad; ni arrojarle tan presto á lograrla, que por desprevención pudiera no conseguirla. Lo primero, acredita á vuesa merced de amigo, no de adulador; y lo segundo, de prudente, no de temerario.

Toda batalla es infansta aun en las glorias del triunfo, si le falta la prerogativa de justa. Siéndolo tanto la que animado de vuesa merced estoy proporcionando, parece consecuente el lauro; pero como la venganza y el odio saben una áulica teología, adornada de enredosas imposturas y de viles sutilezas,—otro ánimo que el mio temiera quedar vencido no ignorando esto mismo, y más comprendiendo que siempre busca la malicia seguridad en la bondad ajena. Linaje de insolencia tan horrendo como practicado solamente de los indignos y cobardes, pues aquello que por su nativa propensión es amable, lo hacen con sus nocivas persuasiones aborrecible.

Nada desto me quita la confianza del triunfo, tanto por tener en vuesa merced un poderoso abrigo para aplicar con tiempo según sus avisos el contra-veneno, como por saber que no se debe temer á los embusteros; pues, como asegura san Pablo, el que enreda contra el prójimo no puede engañar mucho tiempo sin que los mismos perniciosos arbitrios que medite para encubrir sus maldades, no sean los efectivos medios que las descubran todas. Pátese enhorabuena mucho tiempo sin que yo consiga mi libertad (á causa de reiteradas supuestas acusaciones, que la venganza discurra y la malicia fulmine), que al fin ha de descubrirse mi inculpabilidad, para terror y castigo de las calumnias y sus injustos productores. Y entonces saldrá más airosa desde esta desgracia aquella dicha; porque se reputará como victoria, y amanecerá en la niebla de la infelicidad, si no madrugando, venciendo. Por lo mismo nos pinta Séneca á la desgracia escuela de la dicha, diciendo «que las lecciones que en aquella se aprenden, hacen muy durables y exquisitos los productos desta cuando se disfrutan». Y yo añado que los que son siempre dichosos, nunca dejan de ser desgraciados; porque el mismo ignorar las miserias, los hace miserables. Saber ser infelices no es otra cosa que haber acertado á saber ser dichosos, porque ¿qué mayor dicha que saber convertir en bienes los mayores males?

Acuérdome de que en mi antecedente dije á vuesa merced «que el Príncipe libra en los informes de sus ministros el acierto de sus determinaciones, y que si aquellos son perversos, por fuerza han de ser injustas estas; pero que el Príncipe no es responsable, porque lo ejecuta entendiendo obran aquellos con arreglo á la razón.» Ahora digo lo mismo; mas añado que no excuso de pecado al Príncipe que, antes de elevar á sus ministros y privados á tan alta dignidad, no hace un gran escrutinio de sus prendas y virtudes, reconociendo en lo posible hasta lo más recóndito de sus intenciones, para premiar con el ministerio y privanza á los buenos, y castigar con el rigor á los malos. ¡Oh amigo, cuántos daños se evitaran si esto se hiciera! Resplandecería entonces la virtud sin artificio, la jus-

ticia sin interés, y la misericordia sin soborno. Tres puntos que, pendiendo en ellos todo el gran edificio de la monarquía, por fuerza ha de verse esta sin cimiento estando aquellos sin evidencia.

No, Señor; no consiste el tener ministros y privados en tenerlos, sino en saber elegirlos. Un buen valido puede hacer bueno á un mal rey; pero un mal privado, á un buen rey lo hará malísimo. Y siéndolo, es imposible esté ágil el cuerpo, hallándose enferma la cabeza. Es imposible se observe la rectitud donde vive la malicia, porque el pastor loco no puede dirigir el ganado sino al precipicio.

En toda la casa del rico avariento no se halló uno que diese al pobre Lázaro las migajas que debajo de la mesa se perdían; porque en faltándole conducta al general, todos los soldados yerran; y en siendo malo el piloto, no faltarán escollos á la nave. ¡Desdichado el reino que tiene por privado de la mayor confianza y satisfacción del Rey á un inhumano, porque precisamente ha de lograr que este sea impío. Si es bueno el ministro ó privado, sabe el Príncipe todos los delitos. Pero le aconseja no los castigue todos, que el remedio no ha de ser desolación; y que sin faltar á la obligación de su altísima dignidad, no eche la humanidad en olvido; haciéndole presente, para mayor esmalte de la real piedad, que Cristo era rey en la cruz, y disculpó con la ignorancia la atrocidad más cruel. Esto produce el perfecto; el malo solo puede influir maldades. En uno ni en otro es extraño su obrar, porque ni aquel puede hacer menos, ni este más. Por lo mismo necesita más el mundo de ejemplos que de preceptos: aquellos educan, al paso que estos se olvidan. A los primeros los siguen todos: los buenos por ser mejores, y los malos por no parecerlo; mas los segundos, ni los buenos los necesitan, ni los malos los observan. Como los buenos guardan los del Decálogo, no faltan á ninguno; pero como los malos no los guardan, faltan á todos.

Grande astrólogo ha habido, que al experimentar las inhumanas operaciones de un privado, ó de un monstruo, que conduce como del ramal al Rey por despeñaderos y pantanos, hizo observación rigurosa de los influjos que en los astros se hallaban para dominarlo; y halló tantas lastimosas conjunciones de tragedias que había de producir en el tiempo de su regencia, que, ó de compadecido ó de absorto, no quiso continuar su observación, y murió dudando el fin de tan cruel basilisco. Y aunque es constante la inveracidad de la astrología judiciaria, es verdadero que los astrós inclinan con sus influjos, aunque no fuerzan. Pero si el espíritu de aquel hombre sobre quien tiene conexión el astro malo, está dispuesto para seguir sus inspiraciones, ¿quién duda será tan pésimo como el influjo? Pero no tendrá efecto este, por más poderoso que sea, si se dirige á quien, ó sabe por temer á Dios despreciarlo, ó no ignora por amar al prójimo, el modo de resistirlo. Ni á Dios teme, ni al prójimo ama, el privado de quien se habla. Luego ¿cómo no ha de ejecutar los influjos de su astro, por inhumanos que sean?

Amigo mio, esta doctrina, que vuesa merced y todo timorato tendrán por buena, como lo es, sería, no solo despreciada de otros, sino que harían della sacramento, disponiendo le recibiese yo en castigo del que

llamarían atrevimiento abominable y culpa inormisima. Con poco flanco que adviertan, nos acometen los enemigos; no quiero enfurecerlos más, para no tener más que sufrirlos, y nada menos que perdonarlos. Así como el bueno anda siempre deseoso de hacer obras buenas, pareciéndole muy pocas todas las que hace, por muchas que sean, así el malo se ejercita continuamente en el contrario extremo. Hambriento de obras malas, las solicita sin cesar, porque mientras más ejecute, satisface mejor su inclinación perversa y su gusto abominable. Aunque estos nos persigan cruelmente, y consista el no experimentar sus rigores en hacerse amigos suyos, de ningún modo se debe hacer, porque entonces deja el bueno de serlo cuando se unió con el malo. Casos hay en que los perfetos solicitaron la amistad y el trato de los malos, para hacerlos buenos, y últimamente lo lograron; pero bastantes veces desta comunicación resultó que el bueno se hizo mucho peor que el malo. Ande tiznado por cierto el carbonero, que eso es el efecto de su ejercicio; pero no se introduzca con él de ningún modo el lavadero, porque, por bien que libre, ha de sacar tiznada la ropa. La culebra que el otro crió en su pecho, le hizo por él que diese el último aliento. Desde pequeños criaron Drutonio un lobo y Aristo un toro, tan domésticos, que á las amenazas de sus amos se humillaban y á los golpes se rendían; mas al fin Drutonio fué pasto del lobo, y Aristo triste víctima de las hastas de su toro. Y si se replica que estos eran irracionales, ¿qué mas irracional que el privado infiel, cuyo pecho es el centro de la tiranía, y cuyo brazo es verdugo de la justicia, padrastro de la razón, cuchillo de la inocencia y sangriento puñal de la verdad?

En este estado iba á cerrar esta; pero acordándome de que en mi anterior prometí á vuesa merced pintarle la vida que paso en esta prisión (creyendo complacerle en ello), lo voy á ejecutar, y porque aquellas mismas penas que se padecen, si no se destruyen enteramente, á lo menos se alivian comunicándolas con un amigo; pues todo aquel término que en esto se emplea la pluma ó el acento, sirve de intermisión al quebranto.

Aunque al principio de ella tuve mi prisión en una torre desta santa casa, tan espaciosa como clara y abrigada para la presente estación, á poco tiempo, por orden superior (no diré nunca que por superior desorden), se me condujo á otra muchísimo más desacomodada, que es donde permanezco. Redúcese á una pieza subterránea, tan húmeda como un manantial, tan obscura, que en ella siempre es noche, y tan fría, que nunca deja de parecer enero. Tiene, sin ponderación, más traza de sepulcro que de cárcel. ¡Ya se ve; no podía esperarse menos de un ánimo vengativo! porque en nada es más diligente y oficioso que en solicitar el castigo para conseguir la desolación de lo que aborrece; sin que para esto sea necesaria la concurrencia de otra causa que la de no adaptarse el aborrecido á las tiranas leyes de su insolencia. Modo es este que tiene por madre á la crueldad; y ya se sabe que los que profesan esta no se satisfacen con cortar de una vez lo que al fin han de cortar, sino con que la frecuencia de los golpes haga más penoso y dilatado el martirio, porque así logran más tiempo sus satisfacciones:

que como se alimentan solo, ó viendo tan tristes espectáculos, ó escuchando lastimosos lamentos, mientras más tiempo subsista el infeliz en el potro de sus crueldades, disfrutan ellos más dilatadas complacencias. Cuya durísima especie de impiedad, como dictada desde el principio de su aversión, por esta, ni pueden de sus ánimos desimprimirla, ni de sus pensamientos borrarla.

Ya dejo en esto expresado que hablo solo de aquella casta de hombres que, después de ser enemigos, son crueles, que esto es ser dos veces contrarios.

Hay otros que, aunque sean rivales, no son impíos. Estos, luego que se les pasa el primer ímpetu de la ira (que les causó, no la aprehensión, como á los otros, sino la realidad de la ofensa), ceden en los movimientos que empezó á ejecutar la satisfacción del agravio: que hasta en este nombre se diferencian de aquellos, pues solo la conocen con el de honrada venganza, siendo en la realidad formidable malicia. Admiten que es propio de ánimos generosos los ruegos por satisfacciones, conociendo que aquella docilidad en perdonar la injuria, es un elevarse á la virtud. Mas los primeros, tenaces siempre en la persecucion y en el aborrecimiento, hasta en la última hora manifiestan este, y si les es posible, ejercitan aquella. Acreditóse esto con Folciano, que fué gran privado del emperador Othon, y declarado enemigo de Lapsaco, porque declamó contra su inimitable maldad. Púsole una enfermedad peligrosa en el último trance de su vida. Y acordándose en aquel momento de su rival (tanto era el odio que le tenia), aunque tantos años había que de mandato suyo se hallaba rigurosamente preso Lapsaco, no quiso reconocer que estaba tan castigado como quisiera; y escribió al Emperador un papel, en que le decía: «Si los dioses se dignan llevarme á sí, nada os encargo más que el duro castigo de Lapsaco, por seros perjudicial, y al público enemigo. Pero suspenderéis el hacerlo hasta que yo espere; que si vivo, yo se lo impondré, como que sé á fondo todo el gran reato de sus delitos.» Vivió Folciano, en fin; prosiguió en su persecucion contra Lapsaco; pero descubriose su traicion por otra carta suya, en que confesaba haber sido cuanto expuso al emperador Othon, horror que profesaba á Lapsaco. Esta carta se la remitió á un capitán, induciéndole á que matase á Lapsaco; pero el capitán la puso en manos del Emperador, y le informó de la tiranía de Folciano. El cual pagó con la muerte los excesos de su vida.

Esta casta de hombres los compara un docto á la masa de los alfareros, diciendo «que una vez de cocida la figura que labraron della, si fué para demonio, demonio es siempre.» Una vez de cocida y engendrada en el pecho la crueldad, solo la muerte tiene facultades para arrancarla dél; porque rara ó ninguna vez pierde el arroyo el gusto que contrajo en la fuente. Este es el mayor defecto de los hombres; y mientras más elevados, más defecto, porque donde es más sublime la dignidad, es más notable la culpa, excediendo la de la crueldad á todas. La mancha que en el sayal toscano se advierte, suele ser suma falta en el brocado. En la más hermosa cara peca enormemente una peca. Y mientras más fuerte una muralla, es más notable su desolacion al impulso de cualesquiera vientos. A los

ministros y privados en quienes deposita el Príncipe las confianzas más grandes de su imperio, les censuran los más pequeños delitos los hombres, como dice Plutarco. Luego, ¿qué no harán si los advierten crueles y viciosos y vengativos? Estos pecan una vez, como todos, porque pecan; y porque abusan de su alto carácter, otra vez. Por lo mismo dijo Séneca «que lo que en unos hombres es apenas atendido, es en otros sumamente notado, porque en lo más grande siempre se reputó por mayor un leve exceso.» Pedro, Juan y Diego dormian, pero solo cayó sobre Pedro la reprehension. Estaba elegido para piedra y cabeza de la Iglesia, y en quien había de recaer tanta dignidad, era preciso se tuviese el menor descuido por reprehensible defecto. Nunca causó novedad la ruina del endeble edificio, aunque fuese al impulso de corto viento; mas siempre se notó mucho cayese la fortaleza aun al repetido choque de los más furiosos. En ninguna ave-cilla se repara que al sol no beba los rayos; pero si la águila no lo hiciera, sería gran defecto de su real corazón. Fáltele agua con que ejercitar el curso de su corriente al arroyuelo por el estío, que no se echará menos; pero el que goza privilegios de formidable río, téngala siempre de sobra; porque de lo contrario, perderá su nombre la reputacion.

Por más que los crueles se alaben de ser decendientes de grandes héroes, lo ajeno alaban si á sus pasados celebran. En mi *Marco Bruto* tengo dicho es cada estatua de los mayores un consejo de bronce por lo eterno y eficaz de su persuasion; pues no tanto atestigua lo que hizo el muerto, como lo que debe hacer el vivo. Ahora añado que aquellas son tantos testigos de la infamia del descendiente, cuantas imágenes goza de su nobleza, si no corresponde á sus acciones ó si degenera de sus virtudes. A este intento dijo Cato «que ninguno es sábio por lo que supo su padre, ni valiente por el brazo de su abuelo». Las recomendables glorias de los pasados son monstruosos lunares para los presentes que las heredaron, si corresponden á ellas degenerando de su grandeza, ó distrayéndose de la obligacion que al heredarlas le cargaron. Ajeno es de todo crédito el que, habiendo tenido abuelos esclarecidos, obra como vil, pues esta es una de las infamias indisculpables. Obre así el que adquirió en su nacimiento la vileza, que esto es correspondiente á su sangre; pero debe ser más despreciado el que, teniendo una buena, procede como villano. Y ¿que, siendo esto tan evidente, ni quieran los hombres conocerlo, ni dejar de vivir más á expensas de su crueldad que á preceptos de la razon? Pues sepan, en fin, que este mismo olvido de su progenie, y este abandono de sus distinguidas dignidades, serán los testigos que originen sus ruinas, haciendo ver son inormes delincuentes de su sangre y del estado.

Bien conozco, amigo querido, que esto no es más que producir documentos sin otro fruto que el ninguno de la material extension. Delitos parecerian en mi pluma, en el concepto de algunos, los que en el dictamen de otros (esto es, de los buenos) serian reputados por especiales ejemplos. Rara vez llegó á morir como río el que nació arroyo, y ninguna dejó de parecer monstruoso el hombre que se crió entre fieras. Vuesamerced entiende bien este sentido, porque en-

tiende; otros no lo comprenderán, porque no saben, aunque sepan lo que comprenden. Pero vuelvo á mi pintura; que el discurso ha sido largo.

Tiene de latitud esta sepultura donde enterrado vivo, veinticuatro piés escasos, y diez y nueve de ancho. Su techumbre y paredes están por muchas partes desmoronadas á fuerza de la humedad; y todo tan negro, que más parece recogimiento de ladrones fugitivos que prision de un hombre honrado.

Para entrar en ella hay que pasar por dos puertas que no se diferencian en lo fuerte; una está al piso del convento, y otra al de mi cárcel, después de veinte y siete escalones que tienen traza de despeñadero. Las dos están continuamente cerradas, á excepcion de los ratos que diré, en que, más por cortesía que por confianza, dejan la una abierta, pero la otra asegurada con doble cuidado.

En medio de la pieza está colocada una mesa, donde escribo, que es tan grande, que admite sobre sí treinta ó más libros, de que me proveen estos mis benditos hermanos. A la derecha, que mira al mediodía, tengo mi lecho, ni bien muy acomodado, ni bien sumamente indecente. Cerca dél está el de un criado que se me permite, de cuyo salario, que deberá gozar, aun no he formado concepto; creyendo no será ninguno suficiente para satisfacerle el mérito de una tan voluntaria como penosa prision, que padece por el gusto de servirme (a): lo que hace con tales deseos de agradarme, que confieso sería doble mi tormento si careciera dél; porque al criado diligente y afecto á su amo, más debe estimarle este por verle gustoso en su servicio que por verse dél bien servido, porque un siervo mal contento á toda la casa enfada.

Aunque regularmente estamos lo más del tiempo los dos solos en esta triste habitacion (cuyos aparatos se componen de cuatro sillas, un brasero y un velon), no falta bastante ruido, pues el que mis grillos causan excede á otros mayores, si no en el estruendo, en lo lastimoso.

No hace muchos días tenía dos pares, pero logró orden para dejarme solo uno (pretendia se quitasen ambos) un gran religioso desta casa. Pesarán los que hoy tengo de ocho á nueve libras; advirtiéndome eran mucho mayores los que me quitaron. Y con ser tan grande el defecto de mi pierna, y mayor con el peso y sujecion de los grillos, ando con ellos como si no estuviera cojo. Dios ayuda al hombre perseguido como con superior atencion; si da nieve, también da lana, para que lo que la una hiele, la otra abrigue. Para resistir mis trabajos me da su divina Majestad suficientes fuerzas, poniéndome presente que más importa rendir el proprio querer y juicio, que lastimar la carne con silicios y diciplinas, como enseña san Pablo; pues aunque es buena la aspereza de la vida, es mejor la limpieza del afecto; bien que aquella sirve mucho para esta.

El hombre solo con su dolor es menos que su dolor; pero con Dios, es superior al dolor de que es capaz. Y en efecto, para no errar en el sufrimiento, no hay más que seguir á Séneca, pues dice «que ningun-

(a) Esto destruye lo que afirma el abad don Pablo Antonio de Tarsia en la *Vida de Quevedo*, á saber: «Que un lego simple le asistia, de lástima.»

no discurre mejor que el que piensa peor de sí, porque contemplando merece mucho más de lo que le castigan, lo tolera con prudencia, y aun reputa por gran beneficio el que no le den mayor pena.»

Siendo tan breve esta estancia, no puede ser más dilatada su pintura. Más campo ofrece la de la vida que en ella paso; que sin duda ella sola lo es, si acaso puede alguna con propiedad llamarse vida en la dilatada muerte deste mundo. Aquellas que respiran más dichas dél, son las que están cercadas de más infelicidades; porque, como tengo dicho en otra parte, desdicha es la dicha que se acaba; la que siempre dura es dicha. Y aquí, cercado de trabajos, lleno de miserias y constituido en lastimosos martirios y soledad y persecucion, puedo labrarme una felicidad eterna, tanto por mi sufrimiento como por estar separado del continuo tropiezo que la libertad ofrece. Buena prenda es, y prerogativa tan grande, que solo la salud le excede; pero con todo, no sé si me atreva á creer que muchos más se salvaran si no la tuvieran. Hombres ha habido tan observantísimos de los divinos preceptos en prisiones, donde de la libertad se carece, que deificaban; y luego que salieron de ellas fueron tan malos, que lo que en una parte se admiró como santidad, en otra se abominó como parto del infierno.

Muy bien sé que la hipocresía caracteriza al malo de bueno; no ignoro que un fingimiento repetido engaña al más avisado. Pero, con todo, un exacto ayuno, una frecuente diciplina, una continua oracion y meditacion, y una incesante vigilia, acompañado todo esto de un conocido desinterés, de una abominacion á los vicios, y de una modestia y representacion exterior respetable, es difícil sea parto, producto y efecto de la hipocresía, sino de un ánimo enteramente inclinado á la virtud. Todas estas circunstancias concurrieron en el padre de quien aquí me tiene, cuando estuvo tanto tiempo preso por los sacrílegos asuntos de Roma: salió á gozar los dulces desembarazos de su libertad; y al que todos respetaban en la prision como santo, aborrecieron en la libertad como á demonio. No digo que lo fuese, pero si atiendo á lo que produjo, no puedo creer fuese otra cosa. Basta deste asunto, y vamos á evacuar el principal que esta motiva.

Como este nuestro respirar, único indicio, aunque tan delicado, de nuestro vivir, se va acabando por instantes (por más que ignorantísimos disimulemos con torpes ambiciones de inmortales el conocerlo), he de pintar á vuesamerced la vida que aquí paso, por horas, refiriendo en cada una aquello en que la empleo; porque, además de que esto puede granjearme continua memoria de cuál será mi última, para estar en todas como si cualquiera dellas lo fuera, podré también con tan perfecta contemplacion hacerme otro, aunque siempre sea el mismo. El proprio es el papagayo que en el campo grazna que el que en la ciudad saluda, y el mismo es el que fué en el monte duro tronco que la que en el pueblo es dulce lira. Esta gran diferencia pende únicamente en la cultura. Cultivándose el hombre en la perfeccion, poseerá altamente la virtud; y así, pareciendo el proprio, no será el mismo que fué en la culpa; que al caminante no le hace otro, aunque lo parezca, el despojarse de la ropa pesada para andar con más desembarazo el camino. Caminantes